

—Autorizado para ser expuesto en el sitio:

LIMACLARA Y LOS INTELLECTUALES MODERNOS.

Sin cargo ni costo alguno para las partes—

Alemania:

las ciudades y sus maestros

Por **Santiago Martín Arnedo**

Indice

1-Lübeck: Thomas Mann.

2-Messkirch: Martin Heidegger.

3-Leipzig: Johann Sebastian Bach.

4-Potsdam: Marie Luise Kaschnitz.

5-Stuttgart: Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

6-Tubinga: Johann Christian Friedrich Hölderlin.

7-Lichtenthal: Johannes Brahms.

8-Würzburg: Werner Heisenberg.

9-Loreley: Heinrich Heine.

10-Münster: Karl Weierstrass.

LÜBECK

"Del padre tengo la estatura y la seriedad en el manejo de la vida; de mi mamá, la alegría de vivir y la pasión por fabular". De estos versos de Goethe se adueñó Thomas Mann para dar cuenta del binomio que impregnó fatalmente su existencia: por una lado, la tendencia desbordada a la pasión (prohibida) y por otro la contención y el orden racional de una vida perfectamente burguesa. Ante el peligro de una vida disipada en la bohemia, el artista se había refugiado en la disciplina. El enfermo es incapaz de darse una ley a sí mismo y a atenerse a ella. Con un estilo mucho más elaborado y refinado que el de los escritores de su generación, en su obra reaparece continuamente ese inconformista integrado (*der integrierte Aussenseiter*) que él en realidad siempre fue.

En Lübeck nació y de allí, de "ese modesto lugar comercial a orillas del Báltico", extrajo todo el material que reelaboraría para la novela que tempranamente lo situó en la primera fila de la literatura universal: *Los Buddenbrook*. Jocosamente advirtió que de pequeño había sentido la vocación por la pastelería. Y no es de extrañar, pues los mazapanes de esta ciudad arrastran siglos de prestigio "probado". Cuando uno pasea por Lübeck, le atrapa la singular sensación de hallarse en un lugar fronterizo, entre la cultura humanista y el oscurantismo medieval, como lo fue siempre en realidad la literatura de Thomas Mann. Sus calles guardan la pintoresca lejanía de una ciudad del este, a la par que una afable contundencia entre sus muros medievales, como las dos torres redondeadas que flanquean la Puerta de Holsten.

Casa de los Buddenbrook en Lübeck.

Es posible internarse, aún en verano, en el ambiente acogedor de una tienda de mazapanes, de dulces envueltos en papel multicolor, con muñecos de madera

policromada pendientes del techo por hilos, a modo de títeres, alumbrados por diminutas lucecitas rojas, y ositos marrones como de un cuento donde siempre nieva, adornando una navidad hospitalaria que se ha extraviado más allá de todas las fechas imaginables. Y al salir de nuevo a la intemperie, el aire, siempre fresco, se ha vuelto sonoro: en el casco antiguo, en la *Altstadt*, algún violín callejero o algún grupo camerístico ha comenzado a tocar. Y entonces nos encaminamos hacia la Mengstrasse, hacia la *Literaturhaus*, donde encontraremos una exposición y mucha información sobre la familia Buddenbrook, sobre la familia Mann.

La enfermedad ha fecundado provechosamente los ambientes literarios de Thomas Mann. *La montaña mágica*, la más celebrada de sus novelas, transcurre en un sanatorio en las montañas de Suiza, en el que por prescripción médica se alojó durante un tiempo su esposa, Katia Mann. *Tristan*, algo menos conocida, pero que comparte junto a *La muerte en Venecia* un profundo simbolismo pese a la brevedad del relato, también trata de los enfermos, de esos débiles de carne y de espíritu incapaces de darse leyes y que necesitan la tutela de un médico. La vena azulada en la sien de Frau Klöterjahn, la protagonista de dicho relato, asocia la belleza con el dolor. Es un prototipo de belleza femenina debilitada, inocente, descarnada, paralela a otras heroínas de Mann, como Cawdia Chauchat en *La montaña mágica* o Esmeralda en *Fausto*. Gustav Aschenbach, el protagonista de *La muerte en Venecia*, morirá idealizando la juventud de su modelo. También Hanno Buddenbrook está predispuesto morbosamente hacia la sensibilidad artística gracias a su naturaleza débil y enfermiza. Y la música tendrá un efecto letal, música que nos llega a través del aire frío de las calles de Lübeck.

Cierto es que la ponderada humanidad encarnada en cada uno de sus personajes se apoya en una base real, el escritor tomó de allá y de acá, de familia y de vecindad, atento observador de sus coetáneos, pero Thomas Mann fue más allá, los estilizó para la inmortalidad artística. Y sin embargo, sus convecinos de Lübeck no celebraron con tanta alegría verse reflejados, y aireados sus trapos sucios, en la novela de *Los*

Buddenbrook, que supuso el premio nobel para su autor, pese a ser la primera, concebida tan sólo con veinticinco años.

No lejos de la Mengstrasse, seguimos caminando, se alza la iglesia de Santa María, la *Marienkirche*. Por iniciativa de los comerciantes, se erigió en la Edad Media esta iglesia de ladrillo rojo, en ese gótico tan sobrio y contenido, en esa desnudez luterana, tan propia del Báltico. Una sola noche bastó a los aliados para destruirla, y en su interior hoy es imposible pensar que se trata de una reconstrucción. La Edad Media alemana oculta su origen engañoso, brilla con el esplendor meticuloso de su paciente reparación tras la Segunda Guerra Mundial. En aquella noche de marzo de 1942 se incendió la iglesia de Santa María, bajo el bombardeo aliado. El *Totentanzorgel*, el órgano de la danza de la muerte, que se encontraba en su interior, fue aniquilado. Órgano que sonó siglos atrás bajo los dedos de Dietrich Buxtehude, a quien Johann Sebastian Bach visitó con diecinueve años, y quien quizá también tuvo oportunidad de tocar. Es la iglesia en donde el 11 de junio de 1875 bautizaron a Thomas Mann.

MESSKIRCH

“Con gusto haré lo que esté en mis manos para promocionar sus estudios”, escribía Edmund Husserl a Martin Heidegger en septiembre de 1917. En la ciudad alemana de Friburgo, buscaba Heidegger el apoyo del fundador de la fenomenología, y todavía seis años después, se sigue proclamando públicamente discípulo de Husserl para aprovechar la cobertura académica que éste le procura. Husserl por otro lado está encantado con él: “los claros ojos del alma, el corazón claro, la voluntad de vida lúcidamente dirigida... oh, su juventud, qué alegría y aliento me da el hecho de que con sus cartas me permita usted participar de ellas”.

Messkirch es un pueblo pequeño y apacible, perdido en los prados infinitos de Baden-Württemberg. Allí nació y creció Martin Heidegger, al amparo místico y solitario de una torre muy alta, la de la iglesia de St. Martin donde su padre era sacristán. Desde allí veía difuminarse la multiplicidad de senderos que para él no eran otra cosa que el pensar. Pensar es ponerse en camino. Allí pervive hoy un museo

dedicado a su memoria, que cuando se visita, sorprende el exiguo número de peregrinos, tratándose como se trata de uno de los pensadores más influyentes del siglo XX. En su andadura por las instituciones académicas, no podrían borrarse de su pupila los tejados rojos del pueblo, los paseos artificiales del *Hofgarten*, o el *Stadtbrunnen*, esa fuentecita tan típica de las ciudades alemanas, adornada con una maceta que suaviza la áspera piedra horadada por la lluvia. Heidegger siempre fue un provinciano en su aspecto, aunque la poderosa imaginación de su pensamiento le llevó a los límites de la experiencia vital.

Torre de la iglesia de Sank Martin en Messkirch

En 1928 ocupa Heidegger la cátedra de Husserl en Friburgo, cuando el año anterior le había dedicado ya la publicación de su obra hasta entonces más ambiciosa *Ser y tiempo*. Husserl, que era judío, fue destituido al tiempo que irónicamente Heidegger veía en el movimiento nazi el deslumbramiento de una nueva era, una potente luz que infundía valor y esperanza en un mundo del que habían huido los dioses. Por fin se presentaba la ocasión, la oportunidad histórica para el espíritu, y Adolf Hitler un oportuno catalizador. Se hizo cargo un Heidegger muy ilusionado del rectorado de la universidad, con toda el gravamen simbólico y de responsabilidad que conllevaba tal cargo. Se mantuvo ambiguamente distante de las proclamas políticas que aquí y allá se propagaban, mas no acabó de rechazar la división de los gerifaltes alemanes entre judíos y no judíos. Heidegger no obstante empieza a politizar e interpretar en un sentido muy determinado y concreto toda su jerga metafísica, mientras sus compañeros de viaje (Hannah Arendt, Elisabeth Blochmann, Kart Löwith...) se ven abocados a abandonar Alemania, al tiempo que él *lamenta*, pero no *condena* los hechos. Uno de sus discursos, en el año treinta y tres lleva el título de *Manifiesto de la ciencia alemana a favor de Adolf Hitler*.

Parece ser que la profundidad de su mirada en los terrenos del pensamiento no le sirvió de nada para caer en la cuenta de la tragedia que se avecinaba. En sus delirios de

grandeza, en los que se veía como “el *Führer* de los *Führer*”, cayó en una tentación, que desde Platón se conoce como la ambición del filósofo rey. No pudo Heidegger o no supo empatizar con sus compañeros de camino hacia la sabiduría. Ni siquiera con la aguda, y cercana para él, pensadora judía Hannah Arendt, con quien mantuvo un largo y adúltero romance. Llegó incluso a denunciar a Eduard Baumgarten, el filósofo que quiso estudiar bajo su auspicio, y que tras un giro hacia el pragmatismo americano, fue denunciado por Heidegger, quien escribió una carta al doctor Vogel, cabecilla nazi universitario, en donde le decía. “durante su estancia en Friburgo (Baumgarten) ni por su carácter, ni por su capacidad era apropiado para la reflexión filosófica... fue de todo menos un nacionalsocialista... y lo considero inadecuado para entrar en la SA y en la docencia...”. Carta que fue desechada por su gran carga de odio.

Pero en el pequeño pueblo de Messkirch no ha quedado rastro de este descalabro meditativo, y conserva su aire rural, como a Heidegger le gustaba, sus caminos difuminándose en el horizonte, y unas pequeñas mesitas redondas que amenizan el atardecer con sus redondeadas jarras donde la cerveza espesa y casi tibia aguarda.

LEIPZIG

El dueto “*So ist mein Jesu*” está escrito para dos sopranos (niños) con breves intervenciones del coro. Se ha querido ver en ellos la personificación de los dos hijos de Zebedeo, quienes efectivamente estaban presentes en la escena bíblica del apresamiento de Jesús. Entonan imitativamente un canto lastimoso, comentando cómo el Salvador en el corazón del hombre es privado de su libertad. El coro, los demás discípulos, interviene con tres breves frases e incisivas (el número tres y sus resonancias soteriológicas), tratando de impedir la acción de los que vienen a capturar a Jesús el Nazareno. Estas exhortaciones no surten efecto y los dos solistas prosiguen impertérritos su cantinela agónica sobre la maldad del hombre. El dueto está acompañado por la sección orquestal de cuerda, pero sin el bajo continuo, es decir, sin el registro grave, lo que metafóricamente representa la ininteligibilidad de la situación, su falta de "fundamento".

Es este uno de los números que componen la "Pasion según san Mateo" escrita y estrenada en 1727 en Leipzig por Johann Sebastian Bach. Obra mucho tiempo olvidada y que a su autor le supuso una bajada de sueldo por el exceso de dramatismo y teatralidad que había imprimido en ella. La iglesia que presencié tal milagro durante aquel Viernes Santo se alza todavía imponente, la iglesia de Santo Tomás. No se encuentra muy lejos de la estación central de trenes o *Hauptbahnhof*. A un paseo breve en realidad, si el entusiasmo por escuchar a los *Thomaner* da vuelo a los pasos. Dicha estación es una de las más grandes de Europa y la mayor de Alemania. Cuando uno avanza en tren hacia ella, la mirada se aturde ante el entrelazado nervioso de sus veintisiete vías, como si de la cúpula invertida de una catedral gótica se tratara. Sin embargo, los matorros que descuidadamente asoman entre los tabloneros paralelos que sustentan las vías y la estética trasnochada de los grafiti en sus muros reflejan, no sin la tristeza de un pasado perdido, las penurias económicas de la antigua Alemania del Este. Al salir de la *Hauptbahnhof* las avenidas son anchas y uno tiene la impresión de caminar por una metrópolis de la cultura. El aire es claro y la publicidad de marcas de la antigua Alemania del oeste da cuenta de la capitalización de una de las ciudades más importantes en la historia de Alemania.

Thomaskirche en Leipzig. Estatua de J. S. Bach.

Junto a la *Thomaskirche*, una estatua de considerable altura ha inmortalizado al compositor, digno y enhiesto, como si todavía fuera de camino a sus clases, con unas particellas enrolladas en su mano derecha, ante un podio cuyo respaldo son los tubos de un órgano, dispuesto a su labor en esas clases de latín y música que tanto lo torturaban, en ese ambiente estrecho donde se le conocía ya como el "viejo peluca" (*Alte Perücke*). Algunas flores depositadas recuerdan que para muchos sigue siendo el padre de la música. Las bicicletas apoyadas sobre la pared de la iglesia indican que la Universidad todavía sigue siendo un potente motor económico en la ciudad.

No queda lejos de este santuario su contrapartida maniquea: la histórica bodega de Auerbach, donde el diablo, el Mephisto que en su momentó encantó a los estudiantes, se puede presentar al caminante bajo el disfraz de unos ojos inocentes o de una sonrisa lasciva o de cualquier otra forma, como ya le ocurrió a Fausto. También por allí cerca merodea irónico y altivo el viejo Goethe.

En la iglesia sin embargo, ya de vuelta, resuenan inmunes y ascéticos los ecos de la Pasión, mientras afuera irrumpe una tormenta. Y dentro y al mismo tiempo restallan violentamente los coros "*Sind Blizten, sind Donner*", son rayos, son truenos, que por contraste al dueto, sin fundamento, sin graves, aquí son los violonchelos, los contrabajos, el órgano, los que machaconamente dibujan un ritmo de semicorcheas en obstinado, que pudieran simular los pasos inevitables y cada vez más cercanos de la turba armada enviada por el sanedrín. Los coros aluden a las fuerzas de la naturaleza, ya desatadas: los rayos, en el cenit de la frase, emulando el fenómeno meteorológico, los truenos, que han desaparecido tras las nubes, y que nada pueden hacer nada contra la injusticia presente. El clima es de una extraordinaria agitación. Lo que el cielo no puede vengar, habrá de hacerlo el infierno.

Uno abandona la iglesia y su protección estética y la rodea distraído en un paseo. El mismo que el "viejo peluca" recorrió tantas veces hace unos siglos. "Todavía hoy veo -escribía Hermann Hesse- en esas armonías y en el "Actus Tragicus" la quintaesencia de toda expresión artística, de toda poesía". Y entonces se comprende por qué Leipzig es la ciudad del cielo y del diablo.

POTSDAM

Pinacoteca en Sans Souci.

"El paisaje de la Marca de Brandeburgo en los alrededores de Berlín tiene, en todas la direcciones, la misma sencillez melancólica. Pero los gobernantes prusianos,

enamorados del arte, habían construido alrededor de Potsdam aquí una iglesia, allí un pequeño templo, incluso una mezquita y otras cosas más, entre pantanos, arena y pinos. Y donde eso había ocurrido, el simple "entorno" se ha convertido en un "paisaje", como por arte de magia". Así hablaba Johannes Fest un tiempo después de ser despedido de su trabajo como maestro de escuela por resistirse a la seducción del partido nazi. Joachim, el hijo que recogió estas palabras, acabaría como historiador escribiendo una de las más ambiciosas biografías alemanas sobre el dictador.

Los pantanos, la arena y los pinos atrajeron a la familia Fest en sus excursiones de fin de semana, cuando entonces el padre contaba a sus hijos largas historias sobre los reyes prusianos. Pese a que la familia se veía cada vez con menos privilegios y soportaba más restricciones, los niños se sabían felices, en la conciencia de ser héroes clandestinos. Paisaje de expansión y alegría, de fantasiosas conspiraciones.

Marie Luise Kaschnitz, la prestigiosa autora de *Hörspiel* para la radio alemana, no recuerda sin embargo haber tenido en Potsdam una infancia tan feliz: era una niña demasiado sensible, demasiado tímida y miedosa. En su obra relata una y otra vez sus memorias de la infancia, no como una enumeración cronológica de hechos, sino como la ex-posición (ponerse fuera, a la luz, a la mirada inquisitiva de los demás) de una introspectiva psicológica: la indagación casi morbosa del recuerdo de aquella época en la que aparece el primer resplandor y la primera sombra: "Guárdate de pensar en la niñez, alcanzarás el primer destello de felicidad, mas también del primer horror la amarga pena" advierte en su poema titulado "*Kindheit*", "Infancia". Así nos describe ella sus días infantiles en Potsdam: "el no poderse dormir, con las hermanas profundamente dormidas en la habitación, el reloj de cucú sonando, maldito pájaro, con el viento afuera y las estrellas afuera". No se consideró una luchadora. Se mantuvo al margen de la política, aunque guardó su rebeldía aquende los muros de su mundo interior, aquel mundo al sólo que ella tenía un acceso privilegiado.

Potsdam, como señorial vasallo de la inmensa y plana Berlín, ha sabido atraerse a personajes como el pensador Voltaire o el matemático Euler. J. S. Bach se vio obligado

a repentizar sobre un tema propuesto por el rey Federico el Grande de Prusia, que más tarde se convertiría en "La ofrenda musical". Stalin, Churchill y Truman se congregaron en el Palacio Cecilienhof para digerir satisfactoriamente la victoria de los aliados. También fue el escenario donde se selló el traspaso de poderes al Führer. No le faltan a esta ciudad grandes citas con la historia. Por eso ha sabido hacerse un hueco en la agenda de los turistas de Berlín capital. Es la excursión de un día. Extenuante. Esplendorosa. Largas colas frente al Palacio de Sanssouci, caminatas excesivas entre sus jardines versallescios, a cuyas proporciones la pupila no puede acostumbrarse, y el resuello ahogado en el ascenso de sus reales escalinatas, amplias como en los sueños de un emperador. Compra apresurada de regalos en el barrio holandés, entre el bullicio de los visitantes y la mudez de las casas de ladrillo rojo alineadas rigurosamente a un lado y a otro de la calzada, y quizá, si queda tiempo todavía, una fugaz visita al Palacio Cecilienhof, esa agradable casa de campo de estilo inglés que acogió la Conferencia de Potsdam. Grandes citas con la historia.

Marie Luise y Joachim recorrían sus calles y sobre todo sus alrededores con ardientes secretos de íntima rebelión. La mayoría de los niños alemanes entretanto se dejaban fascinar por las camisas marrones y los pantalones cortos. En el relato "La niña gorda" de Kaschnitz, la protagonista se encuentra a sí misma, de niña, patinando en un lago helado a las afueras de Potsdam. Cuando el hielo se rompe y la niña lucha por sobrevivir en la superficie, en ese momento de prueba máxima, se movilizan las fuerzas vitales que en ella parecían dormidas. Sólo la conciencia del peligro moviliza con radicalidad la vida, exige el concurso de la salvación. Desde la literatura denunció esta escritora, desde un nivel radical de intrahistoria, la indigencia de los tiempos. Y sin embargo afirma en "La avalancha", en otro de sus relatos: "los sueños pesan menos que la experiencia, porque la vida no vivida es más leve... tan leve". La historia con mayúsculas también tiene siempre algo de ficticio, de levedad.

STUTTGART

"...daß diese Furcht zu irren schon der Irrtum selbst ist". Esta cita merodea una y otra vez por mi cabeza. Tras abandonar la Estación Central de Stuttgart, al cruzar la hilera de mercedes amarillos estacionados en la puerta principal, inmensos y antiguos, como sus conductores, casi todos ellos emigrantes que han reunido el dinero de su patrimonio para comprarse un taxi y hacer futuro en Alemania, entonces al tomar distancia, uno se vuelve hacia el edificio del que ha salido y allá en lo alto, muy arriba, puede leer esa cita. Palabras que en la noche oscura refulgen con la anacronía insólita de unos tubos de neón, palabras que muerden la conciencia y dejan perplejo al viajero.

El autor de las palabras es Georg Wilhelm Friederich Hegel. En 1770 nació Hegel en Stuttgart. El mismo año que lo hicieran Beethoven y Hölderlin. La temprana muerte de su madre, quien por cierto siendo él muy niño ya le había enseñado latín, dejó en él la impronta profunda del respeto por el estudio. Quiso convertirse en el erudito y teólogo que su madre hubiera deseado para él. En los diarios de adolescente se autopresenta como un solitario ratón de biblioteca, y más tarde, cuando ingrese en el Seminario de Tubinga, le apodarán "el vejete".

Inmediatamente nos sentimos absorbidos por la Königstrasse, esa calle peatonal tan comercial y bulliciosa que no llega a ser ruidosa, jalonada por árboles deshojados y anuncios publicitarios. Una calle preñada de ofertas: puestos de libros que se asoman hacinados en canastillas a la puerta de grandes librerías, mesitas circulares delante de un escaparate lleno de panes oscuros, con semillas de girasol o de calabaza, de centeno y de trigo, redondos, oblongos, todos ellos en el límite incierto con los bizcochos o las tortas. Y la conciencia encuentra espacio libre en la Schlossplatz. Allí se alza la imponente columna conmemorativa, la *Jubiläumssäule*, coronada por la diosa Concordia. Qué serenidad, sentado en un banco, observando las proporciones del Castillo Nuevo abierto a la plaza, como un claro en el bosque.

Y sin embargo me vuelvo a la estación. Me veo desde fuera, arrastrando la maleta, eludiendo a los pasajeros con más prisa, absorto ante un quiosco de flores. Me veo desde dentro, sediento de una nueva luminosidad, dilatando mis pupilas ante los

nuevos estímulos, los olores, los ruidos. Esta doble perspectiva, interior y exterior, decía Hegel, se da ya en la conciencia. Para él fue un absurdo intentar resolver esta dualidad: "la razón se conoce a sí misma y se ocupa sólo de sí misma, de suerte que todo su obrar y toda su actividad están basados en la razón misma".

Estación central en Stuttgart.

La *Hauptbahnhof* está además coronada orgullosamente por otro símbolo de la ciudad, la estrella de la Mercedes Benz, emblema del progreso tecnológico alemán. El proyecto "Stuttgart 21" pretende la nueva construcción de una estación ultramoderna que ha llevado a la población a una protesta muy activa. Entretanto he conseguido averiguar que las palabras que adornan el pórtico central de la estación, como si de la academia platónica se tratara, provienen de una obra, cuyo título ya produce vértigo: "La fenomenología del espíritu". Hegel la había titulado al principio de otra manera "La ciencia de la experiencia de la conciencia". Se proponía nada menos que dar cuenta, de forma rigurosa, de aquellos contenidos que aparecen en la conciencia. ¿Cabe rigor en una conciencia errabunda, imprevisible, camaleónica, siempre convenida con la vivencia presente y de tan frágil identidad? Hegel está convencido de ello, y de hecho, las palabras al principio citadas están dirigidas contra Kant, su predecesor, quien había negado la posibilidad de conocer las cosas en sí mismas, quien había renegado de la posibilidad de "conocer" esos entes espirituales que nos son tan familiares y que tanto nos consuelan. Y cuando el conocimiento intenta acceder a lo último, lo que hay más allá, a lo metafísico, se extravía en contradicciones sobre las que no cabe seguir argumentando. Ya es hora de abandonar tantas precauciones y miedos y conocer de verdad lo que hay, se rebela Hegel. Estamos ya siempre en la verdad y la filosofía debe "dejar de llamarse amor por el saber para llegar a ser saber real".

Y sin embargo, esas palabras, las palabras que merodean como las abejas un jardín, aluden a una intimidad biográfica mucho más palpable, más radical, a una vida de renunciaciones, de inseguridades, que han mutilado la riqueza del ser, la aventura de la

experiencia, pues esas palabras nos advierten: "no será ese miedo al error ya un error en sí mismo". Más allá de Stuttgart se extiende la Selva Negra.

TUBINGA

Torre de Hölderlin sobre el río Neckar

Decía Hölderlin en su poema "Los titanes" que "sólo entienden de lo divino aquellos que de alguna manera ya lo son" ("*Göttliches trifft Unteilnehmende nicht*"). Este "divino" no es un mundo del más allá, no es un cielo protector infinitamente lejano, no es el hogar misterioso de un espíritu incorpóreo, sino más bien una perspectiva de la vida en sentido amplio, una clave para vivirla, intensa, novedosa, aventureramente, una visión del futuro tan singular que sólo puede conducir a la locura.

Junto al río Néckar, en Tubinga, se encerró el poeta Hölderlin en una torre. En invierno, las nubes, apacibles y densas, cubren los tejados y las estrechas y retorcidas calles con un grueso colchón de silenciosa nieve. El río queda paralizado en una instantánea helada, como lo hace en general este "pueblo universitario", donde nada parece haber cambiado, donde el río de Heráclito, en el que era imposible bañarse dos veces, se contradice a sí mismo. Paseando por sus calles se tiene la sensación de haberse extraviado en un eterno cuento de navidad. El aire es gris y el paisaje está amortiguado por la blandura de la nieve. Nada se oye.

En la actualidad, la torre de Hölderlin se puede visitar y está convertida en una especie de casa museo. La recepcionista, de origen griego, explica que un año el río llegó a congelarse hasta el fondo, del frío que hizo. Se quedó petrificado y quieto, este mismo río que bajaba manso bajo los ojos alucinados del poeta. Allí en Tubinga, antes de su encierro demencial, Hölderlin había compartido habitación y conversaciones con Schelling y con Hegel. Había superado e inspirado a sus compañeros con su lúcida visión sobre el Juicio (*Urteil*) y el Ser (*Sein*). El ser es la unidad. El juicio juzga y rompe esa unidad originaria (*Ur-teil*). "Ur" en alemán es lo originario y "Teil" es la

partición, la división. Quien rompe la unidad es la conciencia. La historia es la relación entre el ser y la conciencia desgarrada. El sufrimiento proviene de la incapacidad para re-ligarse, para volver a unirse. Y tras esta breve y profunda reflexión, el poeta abandonó la filosofía.

Atendido por un carpintero bondadoso y su familia, el poeta vivió enclaustrado varios decenios de demencia en aquella estrechez redondeada. Firmaba sus poemas bajo el sobrenombre de Scardanelli. La luz tenue del invierno alemán no suponía ya un problema para él. Le habían regalado un piano, para amortiguar los envites del espíritu, y se entretuvo en arrancarle casi todas las cuerdas. Luego quiso seguir tocando, apenas sin sonido, y emitía frases en voz alta sin sentido. No, la luz tenue del diciembre alemán ya no era un problema. Sus ojos habían atisbado las profundidades del alma humana y había sucumbido a la locura. Como había advertido Rilke, es menester que los ángeles, en su absoluta superioridad, no nos toquen, ni siquiera nos rocen. Su belleza nos destruiría.

Las casitas variopintas todavía hoy siguen asomadas a los márgenes del río, junto a la torre, amontonadas precariamente las unas sobre las otras, mientras los sauces se inclinan pacientemente a beber las aguas del Néckar y a perpetuar secretamente, con el murmullo de su hojarasca, aquella sentencia del poeta: "el hombre es un dios cuando sueña, y un mendigo cuando piensa".

LICHTENTHAL

Johannes Brahms es uno de los espíritus más grandes que han gozado y padecido bajo las estrellas. Como buen guerrero, nunca hizo alarde de su fuerza. Lichtenthal y la cercana Baden-Baden para él tenían un sinónimo: Clara Schumann. La amada esposa de su amado protector Robert Schumann. A Lichtenthal la eligió como residencia estival porque le ofrecía relajantes paseos por sus frondosos alrededores, la compañía escueta y reconfortante de una sociedad elegida por él mismo y sobre todo la presencia de Clara. En el verano de 1869 se encontraba ocupado en la escritura de un cuarteto de cuerda cuando le llegó una noticia que lo dejó conmocionado: Julie Schumann, hija de

Clara, se había comprometido. ¿Cuáles eran en realidad sus sentimientos por aquella joven de veinticuatro años, doce años más joven que él? ¿Una sublimación ante el amor imposible por su madre? ¿Un flirteo idealizado sin contacto con la realidad, como le ocurría a aquel personaje de Thomas Mann, que prefería no mirar directamente a las mujeres para no desencantarse? Lejos de alegrarse por la noticia, se tornó todavía más hosco y retraído. Esta reacción irritó a Clara: "¿acaso la amaba realmente?" se pregunta airada en su diario. Seguramente no. El arrojo o la cobardía habían alejado a Brahms inextricablemente de un matrimonio real. Y como siempre, acudió al refugio de la composición, ese pequeño pueblo en armas, como dijo el poeta de la poesía, contra la soledad.

El autor elegido, Goethe. La obra, una selección de "*Harzreise im Winter*". Es toda una confesión del viejo gruñón solitario: "Pero, ¿quién vive apartado? Su camino se pierde entre los arbustos... tras sus huellas volverá a crecer la hierba". La solista de la obra es una contralto, de timbre cálido y andrógino, que nos describe la soledad del alma frente a la naturaleza, frente al sufrimiento. La orquesta comienza pesante y ambigua, la música avanza lenta, agónicamente, sobre la oscura tonalidad de do menor. Siguen hablando los versos de Goethe en el recitado de la solista: "¿quién podrá curar las penas de aquel que convirtió el bálsamo en veneno?... otrora despreció y ahora despreciado... va consumiendo su propia valía en egoísmo insatisfecho".

Abadía de Lichtenthal

No muy lejos de Baden-Baden, ciudad ajetreada por su casino y por su balneario, se encuentra la Abadía de Lichtenthal, donde una orden centenaria de monjas cistercienses regulan aun su vida al socaire de los preceptos benedictinos del silencio y la meditación, a los que se acogen todos los días con el Laudes a las cuatro y media de la mañana. Allí hospedan al caminante indigente de serenidad, de reconciliación con el ser y la conciencia. Austeros arbustos adornan esta abadía. Algún ciprés aislado. Y el gótico estricto de la Capilla de los Príncipes se vuelve aún más severo con la callada

nieve del invierno. Y más allá se extienden los paisajes asilvestrados de un verde intenso y desmedido que se oscurece en los bosques tupidos de la Selva Negra.

También Brahms ansia la reconciliación. Al final de esta obra, La rapsodia para contralto, la tonalidad se suaviza en la claridad del do mayor, reforzado por un coro de voces graves: "Si en tu salterio hubiera, Padre del Amor, un canto que pudiera conmoverle, consuela su corazón... muéstrale las numerosas fuentes en mitad del desierto". El dolor queda superado, la música se vuelve más melódica, y la paz y el consuelo apaciguan todas las tensiones anteriores. El oyente se ve envuelto en una especie de paz cósmica. El amor debe responder a la soledad.

En pocas ocasiones encontraremos a Brahms y a Goethe unidos en tal dolor. Clara confesó en su diario: "esta obra no puede ser sino la expresión del propio dolor de su alma". Pero Brahms era incapaz de alcanzar con las palabras lo que alcanzaba con su música. La boda de Julia se celebró con retraso. Y él fue testigo en la ceremonia. A la pregunta por su nombre, respondió con tal adustez y desgana, que quedó registrado en el archivo como el compositor "Schrams".

WÜRZBURG

No es difícil imaginar al joven Werner Heisenberg paseando ensimismado por su Würzburg natal. Apostado sobre el borde pétreo del Puente Viejo, intimidado quizá por la antigüedad de la fortaleza de Marienberg, que asoma, erguida sobre una colina, al río Main desde tiempos medievales. En casa ha aprendido el respeto por lo antiguo. Su padre, profesor en la universidad, era especialista en Bizancio, en el esplendor de la tradición. Y sin embargo este joven se verá forzado a trastocar de la forma más radical la historia del pensamiento, introduciendo la indeterminación, lo inesperado, allí justo donde menos se le espera y desea, en las ciencias naturales. Acompañado en silencio por la hilera de estatuas barrocas que coronan el puente, como si fuera una más entre ellas, empieza tempranamente a fermentar sus teorías.

Lejos queda el bullicio del centro, de las calles comerciales, jalonadas por fuentecitas a ras del suelo con figuras animadas, como si éstas pudieran abandonar en

algún momento su eterno destino de agua. Ninfas, faunos y divinidades de piedra mojada se confunden hoy día con los letreros de los grandes almacenes y de las tiendas de comida rápida. La graciosa arquitectura rococó, como de casa de muñecas, contrasta con la sobriedad de los interiores de estas casonas. Dentro de los restaurantes, los radiadores de la calefacción son más altos que una persona mediterránea, y el aire tiene la espesura de un laboratorio. El pan oscuro con la mantequilla y el pepinillo envinagrado hecho rodajas adelantan el sabor de la carne en el fogón. El *Sauerkraut*, esa col fermentada que tanto aligera la pesadez del cochinito, se desparrama entre diminutas patatas peladas y cocidas. Es posible que un vaso ondulado de medio litro lleno de cerveza de trigo de barril, con un corona de espuma muy premeditada, acompañe al cuadro culinario. La conciencia del viajante empieza a desdibujarse en una neblina de optimismo. Los camareros con sus delantales burdeos, camisas blancas y su cortesía automática aparecen y desaparecen con velocidad. Y paulatinamente este caminante se encuentra más incapacitado para hallar las correspondencias entre el alemán y su idioma materno.

Puente Viejo y de fondo el Marienburg.

El joven Werner Heisenberg no podía permitirse amortiguar la claridad analítica de su conciencia. Aquejado de alergias y enfermedades infantiles, tuvo tiempo de aprender a tocar el violonchelo y el piano, y de ser especialmente quisquilloso en los retos matemáticos y ajedrecísticos que se le planteaban. Con veinticuatro años ya había publicado en la *Zeitschrift der Physik* una contribución fundacional de la mecánica cuántica: la formulación matemática de la mecánica de matrices. Tan sólo tres años antes, había conocido al físico danés Niels Bohr, de quien dijo que lo sabía todo.. Y poco después de leer el susodicho artículo, Erwin Schrödinger exclamaría: "me sentía muy descorazonado por los métodos de álgebra trascendente, que me parecía muy complicada". Fue el precursor de la teoría contra la que Einstein infructuosamente se rebeló.

¿Cómo casar la indeterminación en el mundo subatómico con la mansedumbre previsible del río Main bajo el puente en el que se ha parado a pensar? ¿Qué correspondencia hay entre la información de nuestros sentidos y las conclusiones a las que llegamos tras complejos procesos matemáticos? Al pasar de un nivel de observación a otro, siempre perdemos algo en el camino. Los electrones son caprichosos y efervescentes, pero los viñedos de la ribera se eternizan sosegadamente en su figura. Incluso nuestra forma de acceso a tales niveles es diferente. La trayectoria de una pelota la podemos trazar intuitivamente con una línea matemática. Pero la trayectoria de una partícula no comparte ese trazo. La función de onda que la guía no tiene existencia material, en el sentido vulgar de la palabra, como él dice: *der Begriff der Elektronenbahnen war völlig eliminiert*, el concepto de trayectoria del electrón fue totalmente eliminado. La seguridad del determinismo de la ciencia clásica se ha quedado en el camino.

Pero toca la hora de volver a casa. Y este camino sí es unívoco. Las calles por las que él paseó no son las de ahora. Todo ha sido meticulosamente reconstruido, con la paciencia de un relojero, reponiendo cada pieza en el lugar que estaba, como si la historia soñara con una maqueta a escala real. Las calles están extremadamente limpias, como las fachadas de los palacios. Apenas se distingue el bisbiseo de las ruedas grandes y esbeltas de las bicicletas. Y uno esperar retornar y encontrar el puente que mira a Marienburg allí donde, hundido en cavilaciones, día anterior lo dejó. Y confía en que la Naturaleza (o Dios) no quiera jugar a los dados.

LORELEY

"Ich weiss nicht was soll es bedeuten, dass ich so traurig bin". Con estas palabras se abre Heinrich Heine a la tristeza que destila el río padre a su paso por el valle renano al sur de Alemania. Se interroga el poeta a sí mismo al recordar la leyenda de Loreley: "No logro comprender por qué estoy tan triste". Muchos escritores antes y después que

él han elevado sus cantos hacia al mágico risco, el Loreley, desde cuya cumbre el canto fatal de una bella ninfa y el centelleo de sus largos cabellos rubios, que peina coquetamente mientras canta, hacen naufragar a todos los marineros que surcan el viejo Rin a su paso por Loreley. Pero Heine ha acuñado la leyenda en su forma más popular y extendida, convirtiendo su poesía en un *Volkslied*, en una canción popular.

Heine había crecido a orillas del Rin, río arriba, en Düsseldorf, y habría recibido seguramente la leyenda en diferentes versiones y de diferentes bocas, algunas de ellas aquilatadas en los poemas románticos de Joseph von Eichendorff y Clemens Brentano. Cuando el sol extiende sus últimos rayos sobre la Alemania más mitológica y originaria y el aire se vuelve denso y oscuro, el picacho, cuenta la tradición desde la Edad Media, refulge ante los ojos extraviados del desventurado navegante, que al mirar hacia arriba descuida el rumbo de su embarcación, que acaba estampada contra los salientes rocosos que salpican este peligroso tramo del río. ¿Qué melodía habrá de salir de los labios de la malévola ninfa que es capaz de arrastrar inextricablemente hasta la muerte a todo aquel que la oye? *Eine gewaltige Melodei*, una poderosa melodía, precisa el poeta, casi violenta, podríamos traducir. Con tal ímpetu ejerce la belleza engañosa su poder de atracción, que dicha imagen ha fecundado vivamente el imaginario cultural de muchos pueblos, entre ellos el heleno clásico. Ya conocemos por Homero que Ulises había preparado a su tripulación ante la seducción del canto de las sirenas proveyéndola de tapones para los oídos.

Clara Schumann, Ferenc Liszt o Félix Mendelssohn son algunos de los compositores que han musicado esta leyenda re-creando una especie de meta-música. La música hechiza narrando el hechizo de la música. Este bucle narcisista (no olvidemos que la ninfa se está peinando los cabellos) quizá fue ironizado por Heine ante el caso de la inaccesible y amada Amalia. La imposibilidad de la relación se debió a una diferencia de clase social. La de ella, en realidad prima suya afincada en Hamburgo, sensiblemente más alta. El desamor, como a tantos, lo condujo a la poesía.

Loreley, a orillas del Rin.

El Rin se puede recorrer modernamente por una de sus lindes en coche, eludiendo los numerosos autobuses de turistas, repostando junto a uno de sus numerosos castillos, que con su imposible belleza, extraviada desde los tiempos más oscuros, se alzan enhiestos entre el follaje espeso. La velocidad tecnológica moderna se mezcla con la lentitud atemporal del paisaje. Las cámaras fotográficas digitales y las minicámaras de vídeo detienen para el recuerdo las aguas grisáceas del río, que en un ejercicio de prestidigitación visual suben hacia el norte, como si nadaran a contracorriente. No sabemos si el agua sube o baja. En esta zona, el río serpentea en ángulos cada vez más cerrados, hasta perder fuelle de nuevo y extenderse sereno en su cauce majestuoso para competir a su paso por Colonia con su contrapartida vertical: la catedral donde guardan sepultura, según otra leyenda, los Reyes Magos. Pueblecitos como Sankt Goar o Rüdesheim se asoman también al río coquetamente, con sus casitas escondidas tras tejados de pizarra que casi llegan al suelo, secuestradas tras las vigas cruzadas de madera que adornan su fachadas, que le dan el aire de una construcción medieval o para una juguetería, y vigiladas por pequeños torreones de punta gótica que destacan en sus esquinas. Las calles de estos pueblecitos son estrechas y empinadas. De muchos negocios y restaurantes sobresalen de la fachada los reclamos de la casa, la imagen de un cordero, un águila, una jarra tapada o una espada, labrados todos en bronce con dorados, a la manera de antiguos escudos medievales, muchos de ellos adornados en letra góticos, como si entrar en ellos supusiera el comienzo de una aventura, como si el presente tecnológico hubiera quedado excluido de estos paisajes de leyendas, también conocidos por cierto como la ruta de los castillos.

Y es que el rincón debe ser obra de encantamiento, pues el zigzagueo del río entre las paredes de los peñascos produce un triple eco, que pareciera obra de ánimas benditas. En el bosque está lleno de seres encantados. Y el encantamiento lo produce la palabra. El poeta es un alquimista, que al nombrar las cosas ya las ha transformado.

Heine se nos antoja de pronto como el último poeta romántico. Y proseguimos el camino.

MÜNSTER

El casco antiguo (*Altstadt*) de Münster está rodeado por la Promenade, un agradable paseo de casi cinco kilómetros de fronda. Las hojas de los tilos, sedantes en su forma y en su sabor, y aún casi en su pronunciación, tanto en español como en alemán (*Linden*), entrelazan los racimos de sus brazos cerrando de esta manera el cielo con un laberinto de ramajes que protege de la precipitación y de la congoja. Algunos de estos árboles sobrepasan con dignidad los dos siglos de historia y aun siguen en pie. Los ciclistas, que son mayoría en esta ciudad de estudiantes, se desplazan veloz y calladamente a lo largo de este anillo para acceder a la ciudad antigua por alguna de sus puertas principales. La vegetación se espesa y se abre al Aasee, un lago tan perfecto que parece de manual, en el que en primavera se organizan regatas, y a cuya orilla los estudiantes, que salen de almorzar de la Mensa, se asientan a apurar los rayos tibios de un falso verano.

Sin penetrar el corazón histórico de la ciudad, nos hemos beneficiado de la serenidad que impregna y desprende el paisaje. Y uno se pregunta si fue el azar el que eligió a esta ciudad como testigo para la firma de la Paz de Westfalia, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años, cuando el catolicismo andaba todavía en carne viva enzarzado con el protestantismo y otras creencias religiosas de la Reforma.

De camino a mis clases en el Gymnasium Annette von Droste-Hülshoff, donde ejerzo de algo tan ambiguo como "profesor visitante", con los oídos protegidos por un gorro del rigor del invierno alemán, recorro parte de esta Promenade, eludiendo ciclistas y embebido en una lectura española. Y puedo imaginar a otro profesor de secundaria, como yo, recorriendo en nerviosas zancadas este camino, ansiando un remedio para mitigar la ansiedad interna que no le da tregua. Hablamos de un visitante nato del mundo de las ideas.

El matemático Karl Weierstrass se había inscrito, tras un acuerdo llegado con su padre, en la Academia de Teología y Filosofía en Münster. Atrás dejaba años de alcohol y de reyertas, que habían sido su forma de rebelión contra la decisión de su padre de obligarlo a estudiar Administración Pública en Bonn. En Münster pudo sacarse el título de profesor en tan sólo un año. En el apartado de matemáticas dejó desconcertados por su brillantez a los examinadores. Y gracias a su talento inició su calvario. Se convirtió en profesor de matemáticas de un Gymnasium, que es una suerte de instituto de secundaria pero con un rango más extenso de edades entre su alumnado y éstos están algo más seleccionados para el estudio.

Centro histórico de Münster.

Combatía la amargura del desinterés de sus estudiantes con su investigación matemática. Investigaba sobre la Función Epsilon y sus hallazgos los publicaba para nadie en los folletos que el instituto editaba para los padres. La tensión que le producía el no estar donde debía estar, ya que como decía Wittgenstein, uno sólo funciona bien cuando encaja con su contexto, le llevó a sufrir de vértigos y vómitos. También como Wittgenstein llegó a identificar la lógica y la ética en una sola proposición: el deber con uno mismo.

Tras catorce años de sinsabores publicó un artículo sobre las funciones abelianas que le abrió las puertas de la Universidad. Entonces la Universidad, cosa rara entre nosotros, que casi nos suena a extraterrestres, llamaba a alguien que brillaba por sus investigaciones y se disputaba su contrato con otras universidades. Como el filósofo Immanuel Kant, nuestro matemático se incorporó tardíamente a la Universidad, pasada la barrera de los cuarenta años. Como el sociólogo Max Weber sufrió un colapso nervioso ante el sobreesfuerzo mental y la tensión que arrastraba. Acabó sus días en una silla de ruedas, soltero y con una imaginación infinita atrapada en un cuerpo inmisericorde. Su mejor alumno, Georg Cantor, aprovecharía el estudio de las funciones matemáticas con él para acabar hablando de los diferentes tipos de infinito y

arrojar así a las matemáticas a una de sus más sangrantes crisis teóricas. Su lucidez sin embargo nos le permitió hacer las paces consigo mismo, ni a profesor ni a alumno. Como dijo nuestro poeta: "No extrañéis, dulces amigos, que esté mi frente arrugada. Yo vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas". Sus hallazgos quedan ahí, recogidos en algún libro que quizá lleve algún estudiante en su mochila, mientras avanza raudo por la Promenade camino de su instituto.

EL LEGADO CULTURAL ALEMÁN

En estas últimas semanas hemos caminado en cordial compañía a través de verdes valles, riscos escarpados y bosques frondosos de umbría. Y es éste un paisaje rigurosamente espiritual. Porque no pretendíamos deslizarnos sobre la superficie de la geografía germana con una voluntad ciega y en carne viva. Sino perforar su profundidad, su sentido, su proyección. No somos lectores de superficies. Nos afanamos en hallar la claridad en la profundidad. Sin embargo, ésta última, como decía Ortega "exige más de nosotros". Deseábamos encontrar un ángulo y aprestar nuestra pupila mediterránea, tan acostumbrada a las llanuras de La Mancha y al azul sin límites del mar, dispuestos a la meditación.

Y nuestros compañeros han sido en esta ocasión los maestros alemanes, y sus ciudades han sido las nuestras. A través de sus libros hablamos con ellos, nos interpelan, nos guiñan y juntos nos tomamos un descanso. Destapamos la jarra de la cerveza espumosa que nos sirve una camarera de corpiño ajustado y delantal claro de lino y observamos juntos la lejanía. ¡Prost! Salud.

Qué fruición acceder a las palabras sabias, a las bellas armonías, de los sonidos y de los números, de la mano de sus creadores, en este tiempo, enfermo de velocidad, en que todo se vuelve añejo y caduco apenas ha visto la luz, tan pronto el ingenio ha roto la placenta de sus ideas.

Recorrimos las suaves ondulaciones del paisaje de la Selva Negra. Pequeños pueblos esparcidos se asomaban al camino. Paramos en uno de ellos, Messkirch, y

descubrimos a Martin Heidegger, con sus atuendos provincianos, sentado inmóvil -ojos de lechuza- en un banco, contemplando las sendas que se pierden en la línea del horizonte, caminos que una y otra vez ha de recorrer al pensamiento sin tregua ni consuelo. Visitamos a Hölderlin en su torre en Tubinga, donde el poeta sucumbió a la locura mientras el río Neckar se burlaba de sus aspavientos. Con Johann Sebastian Bach nos encaminamos a sus ensayos en la Thomaskirche de Leipzig, expectantes ante el estreno de la "Pasión según san Mateo". En Stuttgart, bajo la mirada rapaz de pájaro de G. W. Hegel, reparamos en que el miedo al error puede ser aún peor que el error mismo.

Recorrimos con Karl Weierstrass el paseo arbolado de Münster. Lo vimos caminar ansioso, ante la incompreensión de sus alumnos y alucinado por la visión abstracta de las funciones Epsilon, que se prolongan en la profundidad del pensamiento como afiladas agujas de una catedral gótica. En Würzburg habíamos sorprendido al joven Heisenberg acodado sobre el puente viejo observando el Marienburg antes de revolucionar la historia de la física.

En Potsdam vimos correr a Marie Luise Kaschnitz de niña, temerosa y solitaria, huyendo de los primeros dolores. Se privó de la idealización de la infancia. Nos subimos a un barco en el Rin, para atravesar como Heine la zona de Loreley, y vivenciar como Ulises con sus sirenas la fuerza del canto malévolo de Loreley, la ninfa dorada, sin saber qué tipo de peligro nos aguardaba en la ruta de los castillos. En Lichtenthal escuchábamos los carraspeos del viejo Johannes Brahms, incapaz de concretar una relación amorosa y sublimando el sufrimiento de su soledad en una rapsodia con letra de Goethe. Y en Lübeck anduvimos extraviados entre las tiendas de los mazapanes las calles que los personajes de los Buddenbrook recorrieron una vez en la imaginación de Thomas Mann.

Mucho nos queda por recorrer. Podríamos bajar a Ulm, internarnos en un clase y observar la mirada irónica de un estudiante despeinado mientras garabatea fórmulas en su cuaderno que le llevarán a la Teoría de la Relatividad. Podemos tomar un café en

una de las calles silenciosas y bien trazadas de Bonn, cuyo orden exquisito es sólo interrumpido por el trueno que augura tormenta, la tormenta que asola a un compositor incrédulo ante la pérdida progresiva de audición. Relajarnos en la cosmopolita Colonia, ir de tiendas, escuchar el traqueteo interminable de los trenes que entran y salen de la Hauptbahnhoff junto a la Catedral, y descubrir a sus gentes en la época del milagro alemán en las novelas de Heinrich Böll. Dibujar el skyline de Frankfurt am Main, Fráncfort en su versión española, popularizada por la serie infantil Heidi, con sus rascacielos americanos, capital financiera y olvidadiza: fue la cuna de Johann Wolfgang von Goethe. Y Berlín, y Hamburgo...

Alemania tiene muchos caminos. Algunos muy oscuros, como atestiguan las reliquias de la Segunda Guerra Mundial. Como dice Sebald "el dolor atraviesa la historia en finas líneas innumerables". Y sin embargo, cuando el espíritu se encuentra en el claro abierto por la belleza, ante los primeros compases de la Pasión según san Mateo de Johann Sebastian Bach, cree haberse reconciliado con el todo. "El encanto de la belleza radica en su misterio" aseguraba Schiller.

Y seguimos el camino. Cordialmente acompañados.

AUTOR: Santiago Martín Arnedo

Granada, España

Compositor granadino nacido en 1971

Biografía

Estudió [piano](#) con Julián García y [armonía](#) con Enrique Rueda en el Real Conservatorio "Victoria Eugenia" de Granada. Más tarde estudió [órgano](#) con Adalberto Martínez en [Málaga](#) y [dirección coral](#) con Adolfo Gutiérrez. Bajo la influencia de Juan Alfonso García, organista de la [catedral de Granada](#), se dedicó inicialmente a la [música religiosa](#). Se convirtió en el organista de la [Basilica de San Juan de Dios](#).

Entre sus estrenos figuran:

- *Misa de Nuestro Padre Jesús del Rescate* (Iglesia de la Magdalena, 2000)
- *Misa de Coronación de Nuestra Señora de las Angustias de la Alhambra, para Coro y Orquesta* que dirigió en la catedral granadina Octav Caleyá al frente de la Orquesta Sinfónica Ciudad de la Alhambra y el Coro Alcazaba de Baza, el 21 de mayo de 2000.
- *Misa en do menor* (Capilla Real de Granada) por el Coro de la Capilla Real bajo la dirección de Sonsoles Lapresta y el propio compositor al órgano.

Recibió el **Segundo Premio de Composición de Polifonía Religiosa** que otorgó en el 2007 la [Academia de Arte e Historia de San Dámaso](#) de Madrid.

Se le encargó el *Credo* para la "Misa X Aniversario" de la Coral de San Juan de Dios, junto a otros compositores granadinos, de la que se ha editado, a parte de su estreno, un CD.

De música coral ha estrenado también el *Himno Heróico a Mariana Pineda*, que fue interpretado durante varios años en la festividad propia gracias al encargo de la Asociación Granada Histórica y Cultural^[1]. El estreno lo realizó la Coral Ciudad de Granada en 2003. Además de piezas varias: *Ave María* (Coral Ciudad de Granada, 2006), *Ha llegado la mañana* (Coral Ciudad de Granada, 2005).

Pronto entró en contacto con el mundo del [teatro](#), creando canciones originales para "Los veranos del Corral" con la compañía "Teatro para un instante", ambientando obras cervantinas y lorquianas. Estrenó el espectáculo *Drácula* con el conocido cómico italiano Colombaioni en el Teatro Alhambra de Granada. Con el libreto de [Andrés Neuman](#) y Marcos Julián estrenó otro espectáculo: *El cabaret en la soga*, en el Teatro Martín Recuerda de Pinos Puente. Junto al libretista Francisco José Fernández creó "Romeo y Julieta. El musical", estrenado en el Teatro Isabel la Católica de Granada en 1999 y representado por varios puntos de la geografía andaluza, del que se comercializó un CD.

En el cine realizó la banda sonora del primer cortometraje de Kador Graphics (*En de que te ví*), y los de Fernando Díaz (*Las razones de la víctima* y *La luciémaga rosa*) estrenados en el Teatro Calderón de Motril.

Durante tres temporadas realizó para la Radio Municipal de Granada el programa de divulgación musical "Música en el tiempo".

Ha sido profesor de música visitante en el instituto Annette von Droste-Hülshoff (Münster) y en el 2009 ha recibido el **Segundo Premio en el Concurso Internacional de Composición "Ciudad de Siegburg"** (Alemania) con el quinteto de cuerda "Arcadia"^[2].

También en el año 2009 ha resultado premiado en el "**I Concurso de creatividad literaria areté**"^[3] con el ensayo *Meditaciones desde la playa* que convocó la Asociación de Superdotados *Areté* de Huelva, además de otras de publicaciones^{1 2} El 12 de diciembre de 2009 estrenó el musical "Boabdil, último rey de Granada", que fue galardonado con el **premio Catma 2010** al mejor musical ^[4]. Se estrenó en el Teatro Medina Elvira de Atarfe a cargo de "La butaca vacía" ^[5] Con esta misma compañía ha presentado "Frankenstein. Un nuevo musical", con libreto de Myriam Carrascosa.

El 25 de septiembre estrena su ópera "**La séptima luna**" ^[6]. en el Festival de Música "Rey Balduino" de Motril (Granada) con la Orquesta y Coro Provincial de Granada bajo la dirección de [Michael Thomas](#)